

Aquilatando el horror

Ian Smillie (2010), *Piedras con sangre. Avaricia, corrupción y guerra en el comercio internacional de diamantes*, Madrid, Plaza y Valdés, 2012

ISBN:978-84-15271-32-1

“Pero, Esther, ¿no crees que los diamantes están malditos? [...] Están malditos, sin duda, pero son lo único que tenemos” (p. 12). [En una conversación de Ian Smillie con una mujer sierraleonesa].

“Ninguna novia se ha quedado nunca sin anillo de compromiso por la escasez de oferta o por los repuntes de los precios” (p. 32).

Los diamantes probablemente sean el ejemplo más notorio de la capacidad humana para el artificio y la violencia arbitrarios, de esa habilidad para cifrar e inscribir en un código de valor caprichoso un gusto estético que articula sistemas de intercambio y preferencia justificantes del horror. No en vano el título mismo del libro de Smillie no escatima alusiones tajantes sobre ese horror: piedras con sangre, avaricia, corrupción, guerra... Todo ello además, en el incontestable contexto de la mundialización, se matiza en su dimensión global: el comercio *internacional* (“Sierra Leona fue nuestra base de operaciones principal, pero cuando empezamos a tirar del hilo nos vimos obligados a viajar mucho más lejos”; p. 7).

Los diamantes denotan la dureza en su propio nombre, que proviene del término griego *adamas* (implacable o inflexible; p. 35). La fascinación estética por ellos proviene de antiguo en la Humanidad. Smillie recoge precisamente la narración de la leyenda del Valle de los Diamantes que Plinio el Viejo narra en el siglo primero de nuestra era: “El diamante es el bien más valioso de la tierra, digno de reyes engarzado en el oro más fino [...]” (p. 35).

Los diamantes son piedras *preciosas*, cristales de carbón (“la forma de carbono más pura que se conoce”, p. 33) cuyo valor real, *de uso*, no supera el de su extrema dureza frente a otros materiales. Ello lo hace útil, de modo tangible y práctico, para la industria. Sin embargo, el

comercio *sangriento* del que nos diserta Smillie en su formidable obra de investigación no opera tanto en motivo de aquella funcional dureza sino por el *valor de cambio*, arbitrario en sí, que el diamante posee en tanto que *joya* cuando es tallado: los motivos (¿antropológicos?, ¿históricos?...) de gusto estético y de prestigio que han ubicado su valor monetario en cimas capaces de tornarlo *excusa* o pretexto de violencia y horror.

¿Cuánto de preciosa ha de ser una piedra para que se llegue a matar por ella? O acaso debiéramos preguntar, mejor: ¿cuánto de preciosa ha de ser una piedra para que las personas con la suficiente capacidad económica la adquieran por motivos de prestigio y estética sociales -frente a la atención de otro tipo de necesidades-, sin preocuparse por su origen, su *rastro*, después del libro de Smillie?

“Este libro analiza cómo los diamantes han impulsado algunas de las guerras más sangrientas de África” (p. 1), comienza diciendo Smillie; cómo esta piedra preciosa, pues, ha devenido una *joya maldita*, generadora de gran mal y sufrimiento social ingente. En su bien construido prólogo, Ian Smillie trata de realizar un ejercicio casi genealógico del por qué y el cómo de su investigación: por qué y cómo surgen las primeras preocupaciones en torno a la cuestión, las cuales se anclan, como suele ser habitual, en aspectos personales de su propia biografía.

No es baladí el aspecto de heroísmo en la investigación de Smillie, de asunción de valentía y riesgo en un contexto no precisamente exento de peligro y violencia, en el que la integridad personal se ve constantemente amenazada. En la estela de periodistas como Kapuscinsky, Smillie se vuelca en un trabajo de décadas que posee mucho de aventura, de exploración humana e interpersonal y, por qué no, de ciega determinación a menudo apasionada hasta lo temerario. Una aventura cuya raigambre, en el caso de Smillie, parece habitar en su primera experiencia como jovencísimo maestro en Koibu, Sierra Leona, décadas antes de recibir aquella llamada, en verano de 2000, del Departamento de Asuntos Políticos de las Naciones Unidas, con el fin de proponerle formar parte de un grupo de expertos del Consejo de Seguridad de la ONU destinados

a analizar la relación entre los diamantes, las armas y la guerra en Sierra Leona. “Como no esperaba que me eligieran, contesté que sí” (p. 7), cuenta guasonamente Smillie. Le eligieron, y el libro que hoy ve la luz describe los resultados últimos de aquella elección, por la que Smillie comenzó su participación activa en la campaña lanzada en 1998 para perseguir los llamados diamantes “de conflicto”, “de sangre” y “de guerra”.

La pequeña ONG en la que Smillie comenzó su militancia al respecto en 1997, llamada Partnership Africa Canada (PAC), en Ottawa se ocupaba principalmente de la guerra sin cuartel que asolaba Sierra Leona, en la que los diamantes jugaban un papel clave: “Esta guerra tiene que ver con los diamantes, y hasta que no se haga algo al respecto, la guerra no acabará nunca” (p. 3), afirmó entonces Adrian Labor, un joven sierraleonés recién emigrado y miembro del PAC. Y en los términos del propio Smillie: “Ellos se obsesionaron con los diamantes creyendo que así ganarían la guerra. Nosotros nos obsesionamos con los diamantes creyendo que así evitaríamos la guerra” (p. 6).

A pesar de la firma del acuerdo de paz y la intervención de la ONU en torno al año 2000, la guerra aún no había terminado ni tampoco el papel “financiador” que los diamantes jugaban en ella, así como en los conflictos análogos de Angola y de República Democrática del Congo o en las vinculaciones de terceros países como Sudáfrica, Liberia o incluso Israel, Ucrania, Emiratos Árabes Unidos, etc. Como precisa Smillie, no son los diamantes en sí los que causan la guerra sino que *financian* a los rebeldes que contienen en ella y la cronifican y dramatizan hasta lugares nuevos. En sus propias palabras: “El conflicto de los diamantes fue cogiendo fuerza y dio pie a un debate académico que buscaba aclarar si las guerras financiadas con diamantes, petróleo y maderas tropicales eran una cuestión de avaricia, o de injusticia” (p. 6).

El libro de Smillie se estructura en doce capítulos, precedidos por glosario (bien necesario dada la gran cantidad de siglas empleadas, alusivas a la gran cantidad de agrupaciones y *cárteles* diversos en torno a la cuestión), prefacio y prólogo, y seguidos de epílogo, notas, bibliografía

e índice analítico y de nombres. Todo ello muestra que la obra se ha construido cuidadosamente, destinada a ofrecer a la lectora o lector un informe meticuloso, rico en fuentes de todo tipo y buen exponente del periodismo más combativo y riguroso, que no renuncia ni al recorrido histórico-diacrónico ni al análisis sincrónico y de la mayor actualidad.

El capítulo 1 comienza explicando lo que podemos considerar los albores la cuestión con las primeras investigaciones en los años 50 del pasado siglo en torno al contrabando de diamantes africanos y su amenaza para la empresa De Beers, el cártel del diamante de la época. Naturalmente, el interés de controlar el contrabando no era otro que no perder el monopolio lucrativo sobre los propios diamantes. Como Smillie explica, los diamantes constituyen un producto especialmente susceptible de corrupción ya que son fáciles de transportar, poseen un alto valor y están al alcance de los distribuidores (p. 31). Todo ello ha producido que el secretismo haya rodeado históricamente las estadísticas sobre los diamantes, que a su vez han propiciado una doble contabilidad. Estos diversos motivos representan, opina Smillie, la oportunidad que posibilita el tráfico de diamantes, mientras que su motivación histórica "ha sido principalmente la evasión de impuestos y el blanqueo de dinero" (p. 31).

Los capítulos segundo y tercero se retrotraen a la primera historia o historias sobre los diamantes. En el capítulo 2 Smillie realiza una interesante exploración "espeleológica", por así decir, en torno a la formación geológica de los diamantes, la historia sobre los primeros yacimientos conocidos, las primeras grandes minas de De Beers en Sudáfrica, las primeras referencias en textos antiguos... y, especialmente, cómo África llegó a convertirse en el "continente de los diamantes" (p. 38) durante la época colonial. En el capítulo 3, Smillie profundiza en los orígenes de la compañía De Beers en la segunda mitad del siglo XIX, compañía originada ni más ni menos que por el ilustre Cecil John Rhodes, uno de los personajes insignia de la colonización en África subsahariana. Resulta por cierto abrumadoramente interesante cómo Smillie aquilata (nunca mejor dicho) en su narración, con datos certeros como filos, algunos de los aspectos más contundentes sobre el interés

mineral de Europa en la colonización africana, lo que por cierto, a día de hoy, refuerza la reclamación sobre la deuda de riqueza histórica que Occidente mantiene con África.

En el capítulo 4 Smillie profundiza en las cadenas de distribución de diamantes a escala internacional, o cómo se llega a extraer una forma de carbono que deviene un diamante y cómo éste llega al fino dedo de una dama en un salón rico de algún país europeo, más todos los intrínquilis, avatares y circunstancias diversos que rodean el proceso. Como afirma Smillie:

“En un extremo de la industria está el delicado ambiente de una sala de exposición de Cartier, donde el diamante es un brillante símbolo de amor, pureza, dinero y eternidad; un entorno en el que los diamantes son *para siempre*. En el otro extremo existe ese mundo salvaje que se rige por un sistema de sálvese quien pueda en el que nada es para siempre; un entorno en el que los diamantes van y vienen a la velocidad de la luz” (p. 186).

Los siguientes capítulos (5, 6, 7 y 8) abordan los diversos papeles que han jugado los conflictos varios en Angola, Liberia, Sierra Leona y Congo en la cuestión, haciéndola evolucionar (¿o involucionar?) en el panorama internacional según intrincados caminos. (Tal vez huelga precisar que aquellos conflictos no son, de ningún modo, *nacionales* ni por tanto exclusivos de los países mencionados, sino que pueden ser calificados plenamente como internacionales, en el sentido de que su explicación se halla en el juego de fuerzas geoestratégico de muchos países en contienda).

En el capítulo 9 Smillie introduce en escena a Al Qaeda y aborda las diversas conexiones y acciones de este grupo en relación a la “empresa” del diamante, investigación que pudo llegar a cabo cuando formaba parte de aquel Grupo de Expertos de la ONU que mencionábamos más arriba. Continúa Smillie en el capítulo 10 mostrando cómo las diversas investigaciones en curso sobre la “industria”¹ del diamante de sangre, así como los varios avatares en el mundo globalizado y las múltiples intersecciones que ponen progresivamente en apuros a ciertas empresas vinculadas a los diamantes. A ello añade, en el capítulo 11, la inclusión

de las acciones y campañas de las organizaciones no gubernamentales, movimiento global que dio lugar, finalmente, a la recomendación por parte de Global Witness al Consejo de Seguridad de la ONU de que obligara a que todos los diamantes portaran un certificado de origen, sujeto a análisis independiente por expertos en diamantes de reconocimiento internacional (p. 215), lo que constituye sin duda un hito de luz en la pesados historia de estas gemas. PAC recomendó la creación de una comisión independiente internacional para los diamantes; otras iniciativas análogas fueron las de Tony Hall o el Informe Fowler. Todo ello dio lugar a la acción conjunta de las agrupaciones mencionadas más otras como Amnistía Internacional, Oxfam o World Vision.

Siguiendo con la veta de optimismo que estos movimientos sugieren, Smillie aborda en el capítulo 12 el Proceso de Kimberley (ciudad sudafricana que podría ser considerada, *si existiera el concepto* como precisa Smillie, la "capital espiritual de la industria del diamante moderna"; p. 218), una sucesión de reuniones y conferencias en torno al año 2000 (han seguido con posterioridad, como las seis reuniones de 2001 en diversos países, la de 2002 en Ottawa, etc.) entre diversos actores y observadores implicados, desde ONGs hasta empresas de diamantes, destinada a maximizar la legalidad y la legitimidad en el comercio de diamantes (por ejemplo, a través de la identificación física de los mismos y su marcaje para poder seguir la mercancía durante el proceso comercial). Si bien es cierto que a los implicados no se les escapaban las dificultades de todo tipo para este cometido (desde obstáculos tecnológicos hasta de recursos humanos, etc.), el solo concurso de estas personas y agrupaciones por un objetivo común ya ameritaba un halo de esperanza. De hecho, y a pesar de todas las decepciones, deficiencias y lentitudes, se había logrado un acuerdo internacional complicado en solo cuatro años (p. 235; por ejemplo ver el Sistema de Certificación del Proceso de Kimberley en 2003; p. 242), lo que significaba todo un récord, "sobre todo teniendo en cuenta que era un tema que iba más allá de los intereses comerciales y políticos de países pertenecientes a todos los continentes" (p. 235). Aquí hallamos, una vez más, cómo la cuestión del diamante posee una dimensión global,

lo que requiere una consideración valorativa, ética y moral, igualmente global, que trascienda con mucho los particulares intereses de los Estados nacionales.

En el último capítulo, llamado a la sazón "Punto y final", Smillie recapitula y realiza una valoración de los acuerdos tomados a lo largo del Proceso de Kimberley, de su evolución y sus pasos a partir del año 2000 y, especialmente, del Sistema de Certificación, señalando algunas de sus bondades pero también sus graves limitaciones, probablemente concluyentes hoy ("Si Venezuela demostró que el Proceso de Kimberly no tenía dientes, Zimbabue demostró que no tenía cerebro, y que su autoridad moral se había desvanecido"; p. 247). Como afirma Smillie: "El Proceso de Kimberley está de capa caída y fracasará del todo si no toma conciencia del proceso tan disfuncional que rige la toma decisiones y de la falta de voluntad para gestionar de manera rápida y efectiva el incumplimiento de las normas establecidas" (p. 254). Curiosamente, si leemos con atención esta última sentencia y sustituimos "Proceso de Kimberley" por alguna otra noción como Naciones Unidas, el sentido de la frase se mantendría virtualmente intacto. Hallamos, pues, con el asunto de los diamantes el mismo problema de legitimidad presente en cualquier asunto moral que atañe a la comunidad internacional: ¿cómo impeler a la buena acción a una escala global, en un mundo donde la política está domeñada por el capital? No podemos sino recurrir a propuestas fuertes de pensadores político-morales como Singer o Sen y, finalmente, como siempre, *optar*.

No deseo, sin embargo, dejar al posible lector o lectora con un sabor final amargo que el mismo Smillie trata, en cierto modo, de paliar, así que terminaremos con sus propias últimas palabras en el libro (previas al epílogo).

"A pesar del horror de las guerras de diamantes, a pesar del reto constante, esta historia puede terminar con una nota positiva. En un mundo plagado de fracasos, esta historia demuestra que las campañas de las ONGs, la responsabilidad social corporativa y la diplomacia todavía pueden funcionar, no solo para acabar y prevenir conflictos, sino para convertir los diamantes teñidos de secretismo y sangre en un momento para el desarrollo y para llegar la esperanza a lugares muy faltos de estos valores" (p. 254).

En suma, tenemos en la obra de Smillie una denuncia lúcida y meticulosa a través de un verbo dinámico, afilado, reidor incluso a veces, y ya que el humor es un arma poderosa contra el horror. A través de su intenso breviarío –casi aluvión– de nombres, datos y fechas, Smillie teje una cronología de la imputación que enciende un fuego en nuestras manos y nos revive la importancia de la veracidad y la bondad humanas.

En cuanto al epílogo, conservo su aterrador misterio para instar a la persona lectora a que lo descubra por sí misma. Ojalá este libro, y sobre todo las revolucionarias letras que lo habitan, dé la vuelta al mundo muchas veces, tantas como arriesgados viajes su autor ha tenido a bien afrontar para darle luz.

Ester Massó Guijarro

Instituto de Filosofía, CCHS, CSIC

Notas

1. Entrecorillo siempre expresiones como “empresa” o “industria” del diamante ya que, como afirma el propio Smillie, son poco más que conceptos vagos (p. 186).